



EL OBISPO DE JAÉN

**HOMILÍA EN EL JUBILEO DE LOS PRESOS**  
***Memoria Virgen de la Virgen de la Merced***  
***Preside el Stmo. Cristo del Perdón***

*Lecturas: Zac 2, 5-9.14-15c; Lc 9, 43b-45*

Hoy es un día de gracia. La Virgen de la Merced, cuyo día celebramos el pasado 24 de septiembre y que hoy volvemos a conmemorar en esta celebración, patrona y madre de misericordia, nos convoca a todos aquí, en este Año Jubilar y en este lugar donde, por decreto del obispo, en este día se puede lucrar la Indulgencia Plenaria. Y lo hace de un modo muy especial: preside esta celebración el Santísimo Cristo del Perdón, su Hijo, que ha venido hasta este centro penitenciario para hacerse cercano a vosotros, para que sintáis en vuestros corazones que Cristo no se olvida de ninguno, que Él está con vosotros y os mira con amor.

Quiero dirigirme en primer lugar a vosotros, queridos internos: esta Eucaristía, este Jubileo, es ante todo para vosotros. Pero también quiero saludar con gratitud al director del Centro Penitenciario de Jaén y a vosotros, funcionarios de prisión, que día a día realizáis un trabajo difícil, exigente y no siempre valorado, pero que es servicio a la sociedad y también, de una determinada manera, servicio al hombre y a su dignidad. Y saludo igualmente a la Hermana Mayor, Laura, y a los cofrades de la Cofradía del Perdón, así como a los voluntarios de la Pastoral Penitenciaria de nuestra diócesis, que con vuestra presencia generosa hacéis visible la ternura de Dios en medio de este ambiente: sois testigos de que siempre hay alguien que cree en el bien que puede renacer en cada persona.

Hoy, todos juntos —presos, funcionarios, cofradía y voluntarios— formamos una misma familia que celebra la fe y la esperanza en Jesucristo, junto a su Madre.

Permitidme recordaros qué significa un Jubileo. En la Biblia, cada cincuenta años se proclamaba el año jubilar: los esclavos quedaban libres, las deudas eran perdonadas, las tierras devueltas. Era tiempo de empezar de nuevo.

Eso es lo que hoy celebramos: la posibilidad real de volver a empezar. En este Año Jubilar de la Esperanza 2025, toda la Iglesia nos recuerda que la misericordia de Dios es más fuerte que el pecado y más grande que cualquier condena. Y vosotros, aunque viváis privados de libertad, sois

llamados, ayudados con la Gracia que en este tiempo santo podemos lucrar en vuestras vidas, a experimentar que nadie puede quitaros la esperanza y a ser hombres y mujeres nuevos.

Y también a vosotros, funcionarios y voluntarios, este Jubileo os dice que vuestra labor no es estéril: estáis colaborando, cada uno desde vuestro lugar, en que la semilla de un futuro distinto pueda crecer.

El profeta Zacarías nos ha hablado de Jerusalén después del destierro. Era una ciudad derrumbada, sin murallas ni esperanza. Pero Dios anuncia: “Yo seré su muralla de fuego, yo mismo habitaré en medio de ella”.

Queridos hermanos internos, vuestra vida muchas veces puede parecerse a esa Jerusalén destruida que hemos escuchado en la primera lectura: errores pasados, heridas abiertas, la sensación de fracaso, incluso la soledad que os rodea aquí dentro. Todo eso puede haceros pensar que vuestra historia está acabada. Pero hoy Dios os dice algo muy distinto: “No te encierres en tu pasado, yo mismo seré tu fuerza, yo quiero habitar en ti”. No sois las culpas que os trajeron aquí: sois hijos de Dios llamados a una vida nueva.

El Evangelio nos presenta a Jesús anunciando su pasión. Sus discípulos no lo entienden, porque esperaban un Mesías de éxito y poder. También a nosotros nos cuesta aceptar que el camino de la vida pasa por la cruz, por la renuncia y la dificultad. Pero precisamente desde la cruz —esa cruz que abraza el Santísimo Cristo del Perdón que preside esta celebración— brota la vida nueva.

Sí, hermanos, vuestra cruz puede ser dura: la privación de libertad, la rutina, la nostalgia de los seres queridos, el peso de las culpas. Pero creedlo: esa cruz no es el final. Si os unís a Jesús, al Cristo del Perdón, también vuestra cruz puede convertirse en fuente de esperanza, en ocasión de reconciliación, en punto de partida hacia una vida distinta, una “vida nueva”.

Que hoy presida esta celebración el Santísimo Cristo del Perdón es un signo fuerte: Él os mira desde esa columna a la que está amarrado; Él también fue preso. Esa mirada no condena, sino que os mira con el amor que libera. Su mirada dice: “No te quedes en tu error, yo te doy una nueva oportunidad, yo te ofrezco perdón a través de mi entrega por ti”.

Y junto a Él, María, la Virgen de la Merced, que desde hace siglos es patrona de los cautivos. Ella ha acompañado a tantos hombres privados de libertad, recordándoles que la verdadera libertad no empieza con una llave que abre una puerta, sino con un corazón que se deja amar por Dios. A ella podemos confiar nuestras lágrimas, nuestros miedos, nuestros anhelos de recomenzar.

Hoy el Señor quiere regalarnos tres dones:

A vosotros, internos, el don del perdón: aunque el pasado pese, Dios lo borra con su misericordia; el don de la esperanza: aunque los días parezcan iguales, Él os abre un futuro; y el don de la misión: incluso aquí dentro podéis ser testigos de que Dios transforma vidas.

A vosotros, funcionarios, el don de la paciencia y la fortaleza, para que vuestro servicio no sea solo custodia, sino también acompañamiento humano.

A vosotros, cofrades y voluntarios, el don de la constancia, para que nunca falte vuestra mano tendida, vuestra palabra amiga, vuestro tiempo ofrecido gratuitamente.

De este modo, todos juntos —presos, funcionarios y voluntarios— somos parte de una misma ciudad abierta, como decía Zacarías, cuya verdadera muralla es Dios y cuya riqueza es su amor.

Queridos hermanos, hoy el Santísimo Cristo del Perdón preside nuestro Jubileo. Él nos recuerda que siempre hay vida nueva, que nadie queda fuera de su misericordia. Y la Virgen de la Merced nos toma de la mano para llevarnos hacia la esperanza.

Que este día sea para cada uno de vosotros un verdadero comienzo. Que os vayáis de esta celebración convencidos de que el amor de Dios es más fuerte que todo muro, y que en Cristo siempre se puede volver a empezar. En Él renacemos a una vida nueva.

✠ **Sebastián Chico Martínez**  
**Obispo de Jaén**